

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

EL MÁS reciente reactor termonuclear de Gran Bretaña fue bautizado con el nombre de Zeta. En sus entrañas se han logrado temperaturas superiores a los cinco mil grados centígrados, es decir, ochocientas veces mayores que el calor de la superficie del Sol.

A esas temperaturas se fusionan los átomos de hidrógeno. La energía liberada se transforma en calor. La experiencias tienen gran valor, porque las reservas de combustible existentes en el mundo son relativamente limitadas.

Se ha dicho que los recursos de carbón y de petróleo pueden agotarse dentro de unos doscientos años. Pero en un balde de agua, el combustible producido por la fusión del hidrógeno puede reemplazar a dos toneladas de carbón.

Con razón, aseguran los ingenieros atómicos que la energía del hidrógeno podrá llegar a ser la única fuente de energía, en gran escala, existente en el mundo.

Varios años de trabajo, más que los necesarios para fabricar el detector de mentiras, dieron como resultado la construcción del reactor termonuclear Zeta. Esa gran temperatura obtenida ha sido mantenida durante unos milésimos de segundo.

Los hombres de ciencia esperan prolongar ese período temporal. Entonces el calor será transformado en energía útil, la humanidad habrá resuelto el problema de la disminución progresiva de las fuentes de calor.

Sabido es que las experiencias de laboratorio se llevan a efecto con el deuterio, que es una variante del hidrógeno. Y

ese deuterio existe en todas las aguas. Calentado a millones de grados, ese elemento libera su energía. Claro está que semejante reacción se ha de producir de una manera controlada. En caso contrario, se origina una terrible explosión. He ahí el secreto de la llamada bomba atómica.

Para fabricar el reactor Zeta han trabajado muchos sabios. Un equipo de investigadores estuvo concentrado en el laboratorio Clarendon de Oxford. El otro, en el Imperial College de Londres. Finalmente, unidos, prosiguieron sus trabajos en el establecimiento de Investigaciones de la Dirección de Energía Atómica de Harvell.

Muchas de las clásicas fantasías se han convertido en realidad. Cuando, hace años, se consiguió crear el horno eléctrico, los hombres vieron desbordadas sus imaginaciones. Ahora, los reactores termonucleares nos han traído el Sol a los dominios terrícolas.

* * *

Robert Frost fue un poeta norteamericano, fallecido hace algunos años. Sus poesías han sido traducidas a casi todos los idiomas. Ahora se ha publicado su biografía.

El culto que se le rindiera en los Estados Unidos se extiende hacia otras latitudes espirituales. Quizás, porque Frost marca un firme jalón en las rutas estéticas y filosóficas de un pueblo.

Su poesía tiene innumerables matices. Escribió versos de inspiración religiosa. Con lenguaje sencillo, dijo que "la felicidad alcanza de alto lo que le falta de largo".

Con frecuencia, situó al hombre frente a la naturaleza. Llegó a convertirse en un poeta regionalista, tanto por la forma como por los temas elegidos. Recuérdese, por ejemplo, su bello poema titulado "Un árbol a mi ventana".

Robert Frost también cantó la soledad del hombre. De una manera bastante gráfica nos ha dicho que "el hombre es como un pobre oso en su jaula".

Tiene un poema pastoral, inspirado por la presencia de un abedul en la campiña. Por ese árbol trepa un niño, llega hasta la cima, desde allí otea los horizontes, y sus ojos se llenan de

azul. Pero después, ese rapazuelo desciende hacia la tierra, retrocede, porque lo esencial de la vida consiste en saberse afinado a esa tierra, en donde el ser humano va dejando impresas sus huellas firmes. Precisamente, refiriéndose a ese tema, Frost ha escrito las siguientes palabras: "Es el retroceso hacia la fuente, contra la corriente, el que nos mueve a casi todos".

Otra poesía de este autor es conocida en todo el mundo. Nos referimos a la titulada "Muro separado". En ella se nos da la presencia de dos campesinos que discuten sobre la manera de levantar un muro divisorio. Uno de ellos se indigna, pues no concibe esa separación entre los hombres de buena voluntad. El otro insiste, y el muro se levanta, como un reto, como una vergüenza. La razón esgrimida es la que sigue: "Las buenas cercas hacen a los buenos vecinos".

Ahora el nombre de Robert Frost y su obra poética emprenden una nueva navegación por el mundo. Muchos lectores recibirán el impacto humanístico de uno de los más grandes poetas de Norteamérica.

* * *

Ha recibido el Premio Nobel de Literatura un poeta admirado y discutido en Francia. No hace mucho tiempo, se editaron sus obras completas. Algunos de sus libros han sido traducidos por T. S. Eliot y Guiseppe Ungaretti. Sin embargo, su poesía, convertida, a veces, en brillantes juegos verbales, ha calado, tan sólo, en ciertos líricos contemporáneos.

Los críticos dicen que su influencia sobre el lirismo universal es decisiva, quizás la más considerable desde los tiempos de Rimbaud.

Alexis Saint-Léger es un poeta difícil, no porque sea hermético, sino porque utiliza un lenguaje exótico y pone en vigencia una gramática arbitraria.

Entre los enrejados de sus estrofas rebulle la cultura del numismático y etnólogo, del hombre que ha viajado por el mundo y que ha poblado los desiertos de seres excepcionales.

Para justificar su típica manera de construir frases ha dicho:

“Y de toda esa cosa alada de que os valéis, me construyo un puro lenguaje, sin oficio, es decir, imprevisto”.

Uno de sus libros, tal vez el más perfecto, es la relación de una aventura militar, emprendida por un constructor de ciudades. Sus exégetas han dicho que Saint-John Perse ha querido insinuar algo así como el método general de conquista espiritual.

Obra de matices épicos, con indudables concesiones al pintoresquismo, es una especie de código afectivo, una serie de normas poéticas para equilibrar y fundir en un haz compacto la razón y el instinto, la sensibilidad y el placer de la aventura.

Su formación humanística, su conocimiento de la filosofía griega, informan el sentido casi esotérico de varios poemas, que alguien diría brillantes juegos de artificio metafórico.

Para Saint-John Perse, escribir un poema es una labor brillante, un ejercicio de tipo cultural. Es amigo de los detalles minuciosos, vistos desde su verdadera esencia. De ahí su inclinación a cifrar las emociones, en un trabajo de constante abstracción.

Refulge en sus obras la maravilla del vocablo. Frente a la tristeza contemporánea, el poeta nos habla de una salud corporal y anímica, creada por el sortilegio de lo maravilloso.

* * *

Salvador Dalí, discutido pintor hispano, necesita protagonizar diversas excentricidades. Por añadidura, su nombre, ya que no su arte, sale fortalecido. Diríase que la propaganda y el arte libran una desaforada batalla.

El artista se dedica a dibujar unas posibles ilustraciones de la “Divina Comedia”. Los primeros bocetos conocidos revelan una predisposición artística hacia el tremendismo. Algunos seres humanos adquieren matizaciones psicológicas de monstruos. Y los dioses inventados quieren parecerse a los hombres que deambulan por nuestras ciudades.

Lógico es suponer que Dalí, cultor de los contrastes, está jugando a las cuatro esquinas con las normas habituales de la sensibilidad humana. Es muy posible que Dante sonría desde las regiones de ultratumba.

Para ilustrar la "Divina Comedia", Dalí ha inventado un Infierno original, con gerentes y relojes de precisión, con ninfas desnudas y matronas ampulosas. Ha imaginado un Purgatorio higiénico, entre volcanes y lagos sin fondo. Y en los arrabales del Paraíso ha señalado la huella de los espíritus.

Comenzó Dalí siendo un pintor clásico. Casi enloqueció con el surrealismo. Ahora emprende otras rutas. Metido entre las concepciones del Dante, comienza a dar soberbios manotazos a todas las convenciones estéticas.

Sus mostachos, enhiestos, se adelgazan peligrosamente, captando la esquizofrenia, aderezando la problemática comida de los "snobs".

* * *

Sin duda, como resultado de un sutil proceso psicológico, todas las ciencias que nacen vienen envueltas en el manto de la superstición. Sucedió así con la primitiva intuición médica de los araucanos. Sabido es que la rústica farmacopea de aquellos seres nació de un concepto muy especial, de un temor al daño subyacente en los lugares más inesperados. Pocas veces se tuvo en cuenta la solapada presencia de los gérmenes patógenos.

Anotemos que, en recientes Historias de la Medicina, se estudia la contribución araucana a esos afanes de atender al enfermo y de curar a quienes tienen su vida abocada sobre los abismos del morir inexorable.

Usaron los araucanos la famosa "piedra bezoar", concreción pastosa producida en las entrañas de los guanacos. Utilizaron la sangre de cordero negro para combatir afecciones de la piel. Quizás habían adivinado que la placenta del huemul servía para reconstituir el organismo femenino, después del alumbramiento. Entre sus pomadas, se contaban los sesos de cóndor y de gaviota.

Los vegetales les suministraron ricos productos. Con frecuencia, conferían a las plantas poderes esotéricos, porque la voz de "la machi", de la curandera, les rondaba muy cerca de los oídos. La pródiga naturaleza les regaló una botica variada.

El fruto y la corteza del avellano tenían virtudes astringentes. Los cogollos del "ral-ral" les servían como diuréticos. El hinojo, como tónico; el arrayán curaba las dolencias estomacales. Y "el machai" hacía desaparecer las inflamaciones. A veces, "la calaguala" rendía sus prodigios de febrífugos y vermífugo.

Los araucanos hacían uso de remedios puramente mágicos. Los magos se adelantan al escenario. Las "machis" adquieren prepotencia y responsabilidad. Cada una de ellas tenía su mecanismo curativo. La historia registra muchas de sus anécdotas.

Sin embargo, la farmacopea de los araucanos tuvo su lógica. Todavía, en nuestros días, los yerbateros conocen las virtudes de ciertas plantas, que viven y florecen en las quebradas, en las altas cimas de la cordillera.

Vivimos en un período de revisión científica, porque los recursos de auscultación y de análisis han llegado a muy delicadas perfecciones. Antiguas hipótesis son confirmadas. Otras son relegadas, después de haber sido sometidas a constantes verificaciones. Ahora, la rudimentaria medicina de los araucanos vuelve a ser tema de investigación. Quizás, de todas sus ideas, algunas permanecerán vivas, vigentes, para ser llevadas, con criterio moderno y científico, a los enrejados de la actual farmacopea.

* * *

"El Gatopardo" es una novela de tipo preciosista. Su autor, Giuseppe Tomasi de Lampedusa. Ha sido traducida a diversos idiomas. Y los tratadistas de estética aguzan su ingenio para determinar, con exactitud, su valor, precisamente en un momento de renovación literaria.

Esta obra novelesca resume un período interesante del vivir italiano, de Sicilia, con sus príncipes olímpicos, con sus campesinos cazurros y vividores. El paisaje está descrito minuciosamente, insinuado en su profundidad. Podría decirse que en la novela de Tomasi de Lampedusa no ocurre nada, a no

ser la vida de unos seres que representan, de una manera cifrada, la caída de la balanza de un extremo al otro.

Sabido es que a mediados del siglo XIX Italia no era más que "una expresión geográfica". Estaba dividida en numerosos Estados. Entre ellos, el reino de Nápoles y la Isla, gobernado por una rama italiana de los Borbones. La unidad italiana fue obra de Víctor Manuel y de Cavour. Alguna intervención le cupo a Napoleón III. Garibaldi, al frente de "los camisas rojas" desembarcó en Sicilia, pasó a Nápoles y proclamó rey a Víctor Manuel.

"El Gatopardo" es la bella novela de esa época. Pero la obra parece haber quedado inconclusa. De pronto, hay unos saltos enormes. El último capítulo nos presenta, ya viejos y decrepitos, a unos seres que, momentos antes, restallaban de vitalidad. Incluso el estilo es más directo, menos armonioso. Cuando se cierra el libro, la silueta del "Gatopardo", es decir, del leopardo jaspeado, salta del escudo del príncipe para decirnos que todo ha terminado, que la vida pasó dejando unos recuerdos, unas formas de vida.

Tal vez, los tratadistas de estética nos digan, en breve, cuáles son las nuevas formas que nos entrega, como mensaje estético, esta novela, tan leída, tan comentada en todos los cenáculos literarios del orbe.